

**Abierto las 24 horas:  
estética y (súper)mercado**

**Fermín A. Rodríguez**

Universidad de Buenos Aires / CONICET

Ya transcurrieron unas 14 o 16 horas, pero falta todavía un buen rato para que finalice el turno de emergencia decretado por los supervisores. Sin tregua y sin salario adicional, los empleados y empleadas del supermercado de *Mano de obra* tendrán que atender a lo largo de 24 horas si quieren evitar o aplazar por unos días el despido inminente. La voz que narra es la de un joven empleado precarizado, “conectado artificialmente” (Eltit 2004, 293) a su horario como un enfermo terminal para quien el tiempo no termina de pasar nunca. Con la “enfermedad horaria” presionándole el pecho—un mal laboral no tipificado todavía en los anales médicos—aguanta como puede los embates de los clientes que, defraudados por las falsas promesas del mercado, ejercen con actitud vengativa “su derecho a maltratarme” (Eltit 2004, 265; 295), a insultarlo y quejarse por “el fracaso abierto” de sus expectativas como consumidores. El súper es como su segunda casa; adhiere incondicionalmente a su mundo, a sus deseos y creencias, a sus consignas, que retumban en sus oídos repitiendo que el cliente es el amo, el “tutor absoluto de la mercancía” (Eltit 2004, 295). Sabe cómo funciona el súper, “cómo operaba por dentro”; conoce la incertidumbre, la frustración y hasta el “dolor” que provoca en los consumidores la resistencia de los productos a revelar el secreto de

una satisfacción que, más allá del principio del placer, los bombardea con exigencias de felicidad imposibles de cumplir (Eltit 2004, 260; 318).<sup>1</sup>

Estamos en el reverso de las modernizaciones neoliberales, en una nueva configuración de la relación entre tiempo y trabajo, más allá del tiempo mensurable del reloj y de la alternancia entre trabajo y no-trabajo, entre acción y reposo, sin sirena ni luz roja a la vista que señalen el final de la jornada. Las luchas obreras, documentadas por la serie de periódicos de la prensa socialista que retumban en los títulos de cada capítulo, han quedado muy atrás, a una distancia astronómica de un mundo donde el trabajo como valor máximo de la modernidad ya no crea identidades colectivas ni sirve para integrar o incluir. Fechados en el primer cuarto del siglo XX y desparramados por la geografía de Chile, *Verba roja*, *Luz y vida*, *Autonomía y solidaridad*, *El proletario*, *Nueva Era*, *Acción directa*, *El obrero gráfico*, *La voz del mar* son restos mesiánicos de revoluciones perdidas y deseos sin cumplir, cuando los trabajadores proletarizados, con conciencia de clase, todavía creían en la revolución y se organizaban para luchar por sus derechos, “cuando la mano de obra”—escribió Nelly Richard—“todavía producía, además de mercancías, revueltas e insurrecciones”.<sup>2</sup> Sobre un fondo de desregulación y supresión de conquistas previas, el trabajo, nos viene a decir *Mano de obra*, como medida y sustancia de lo social, como valor máximo de la modernidad, como acción colectiva donde se forjan identidades y proyectos de vida, se ha esfumado junto con los sueños de emancipación del estado y del mercado. La clase obrera es una caracterización anacrónica, una minoría fragmentada y menguante. La referencia a “El despertar de los trabajadores (Iquique, 1911)” —el título de la primera parte de la novela, que evoca el despertar colectivo de los obreros chilenos de principios de siglo XX—,<sup>3</sup> alude ahora, irónicamente, al régimen de trabajo insomne que para Marx era inherente a la estructura vampírica del capital y que Jonathan Crary teorizó en *24/7*, un mundo imaginado como un centro comercial abierto las 24 horas, previsible y regulado, donde se realiza la ambición capitalista de absorber trabajo vivo sin preguntar por el límite de la fuerza de trabajo.<sup>4</sup>

---

<sup>1</sup> Acerca de la instalación del consumo como deseo, que realiza no sólo necesidades del sistema sino de los individuos, ver Tomás Moulián (1998), *El consumo me consume*.

<sup>2</sup> Nelly Richard, “Tres recursos de emergencia: las rebeldías populares, el desorden somático y la palabra extrema” (web: <http://www.letras.mysite.com/eltit091202.htm>).

<sup>3</sup> “El Despertar de los Trabajadores” fue un periódico del Partido Obrero Socialista que circuló entre 1912 y 1922 en la ciudad salitrera de Iquique.

<sup>4</sup> Acerca de los límites de la jornada laboral, dice Marx (1999): “[p]rolongando la jornada de trabajo por encima de los límites del día natural, hasta invadir la noche, no se consigue

*Abierto las 24 horas*

A diferencia de la fábrica del gótico marxista, donde el capital es un cuerpo sin vida que no tiene corazón—“es trabajo muerto, que no sabe alimentarse, como los vampiros, más que chupando trabajo vivo, y que vive más cuanto más trabajo vivo chupa” (Marx 1999, 179)—, el supermercado es una fábrica afectiva que produce y se apropia de una vida modelada por los gustos y el consumo. “No crea el objeto”, señala Mauricio Lazzaratto (2006) a propósito de la empresa como unidad política, “sino el mundo donde el objeto existe” (108)—un mundo semiótico hecho de los lenguajes, imágenes y valores que actúan sobre la naturalidad del deseo. El súper de *Mano de obra* es un complejo multisensorial, un régimen de sensibilidad óptico, auditivo, táctil, saturado de afecciones y de roces entre palabras y cuerpos, donde se produce un tipo de subjetividad que no es simplemente el cuerpo dócil, individualizado y adiestrado de las grandes instituciones del encierro. La explotación es una categoría cognitiva antes que económica; la alienación es una mutación material del cuerpo y sus capacidades mentales y perceptivas, blanco de los cálculos de la mercadotecnia y de un régimen de atención permanente, puesto a trabajar las 24 horas. En este sentido, *Mano de obra* es una indagación en clave biopolítica de una nueva territorialización del deseo y del poder con raíces en el cuerpo y las pulsiones.<sup>5</sup>

Porque tratándose de los empleados, ese exceso de atención que exigen las mercaderías—“el cuidadoso rigor científico que le dediqué a los estantes” (Eltit 2004, 259)—entra en conflicto con la agotadora atención a clientes sistemáticamente insatisfechos, devorados por el implacable afán de consumir. Así, la explotación de los empleados de *Mano de obra* no es solamente económica: bajo la luz cruda y voraz del súper, otras modalidades internalizadas del poder como el auto-control, la auto-disciplina y la auto-vigilancia, a cargo de los propios trabajadores, se vuelven brutalmente visibles. Adiestrados en el servicio al consumidor, los empleados de *Mano de obra* son “un material humano accesible” para clientes despóticos que “me abruman

---

más que un paliativo, solo se logra apagar un poco la sed vampiresca de sangre de trabajo vivo que siente el capital” (200). Ver también Jonathan Crary (2014), 24/7. *El capitalismo tardío y el fin del sueño*.

<sup>5</sup> Acerca de *Mano de obra* y de las relaciones entre literatura y mercado en la época del capitalismo avanzado, ver Francine Masiello (2013), “El trabajo de la novela”, en *Revista de la Casa de las Américas*; Héctor Hoyos (2015), “All the World’s a Supermarket (and All the Men and Women Merely Shoppers)”, en *Beyond Bolaño. The Global Latin American Novel*. Para una lectura en clave biopolítica, ver Michael Lazzara (2009), “Estrategias de dominación y resistencia corporales: las biopolíticas del mercado en *Mano de obra*, de Diamela Eltit”, en Rubí Carreño Bolívar ed., *Diamela Eltit. Redes locales, redes globales*.

con preguntas que jamás se podrían responder” (Eltit 2004, 261). Apostados en la primera línea del consumo, respirando el aire semióticamente saturado del mercado, velan por un orden incorporal de consignas y diseños fraudulentos que se incrustan dolorosamente en cuerpos que esperan del mercado una satisfacción sin límites, un goce permanente sin restricciones de ningún tipo.

Expuestos al acoso de clientes defraudados en sus expectativas, que ven en ellos al “representante de una casta enemiga que se le ocurrió combatir” (Eltit 2004, 264), los empleados son cuerpos con el miedo a flor de piel, inmersos en un espacio saturado de relaciones de poder microscópicas, informes, que pasa por los afectos más que por la forma. “Sumergido de lleno en la violencia, me convierto en un panal agujereado por el terror” (Eltit 2004, 255). Si la inundación de los sentidos por medio de estímulos biopolíticamente planificados apuntaba a la imaginación y los deseos de los clientes, tratándose de los trabajadores, su pasión por las mercancías va retrocediendo a expensas del miedo que envuelve y afecta diferencialmente su capacidad de respuesta. Lo que sobresale ahora es el miedo, la mansedumbre, el servilismo, la sumisión, la “experiencia somática intransferible” de un cuerpo adiestrado para cumplir con eficiencia y celeridad cada una de las tareas de servicio. Se trata de un cuerpo sin repliegues íntimos ni lugar para la ensoñación, “enteramente afuera, dado vueltas y vueltas para cumplir, satisfacer” (Eltit 2004, 293) en tanto sujeto construido biopolíticamente, precarizado por una atmósfera afectiva aterrizante que va corroyendo y desgastando sus contornos laborales hasta volverlo irreconocible.

Numerosos ojos confluyen sobre el cuerpo expuesto del trabajador precario, atravesado por el fuego cruzado de la mirada vengativa de los clientes tanto como por el monitoreo continuo de los supervisores que, directa o indirectamente, a través de las cámaras de seguridad, “ejercen la malicia, el pesar, el control, la molestia, el rencor y la ira en las pupilas” (Eltit 2004, 265). No es el miedo abstracto de la precariedad existencial, sino el miedo concreto de las precarizaciones inducidas política y económicamente por un poder que gobierna a través de la inseguridad laboral y la erosión de la organización colectiva.<sup>6</sup> Los rumores de despidos masivos, la posibilidad permanente de quedarse en la calle, la inevitabilidad de ser cesanteados, “el aterrador espectáculo de las filas” de desempleados en la puerta del súper (Eltit 2004, 335), funcionan ahora como un instrumento de reproducción y gestión de la población,

---

<sup>6</sup> Acerca de la noción de precarización como forma de gobierno, ver Judith Butler (2006), *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia* y Isabell Lorey (2015), *State of Insecurity. Government of the Precarious*.

cercada afectivamente por tecnologías biopolíticas de control que hacen de la precarización y la inestabilidad una estructura permanente de la existencia. La columna de la formación militar, la línea de montaje, la hilera de bancos en el aula, las filas de camas en el hospital, a lo largo de las cuales se alineaban individualmente los cuerpos dóciles de las disciplinas, se sustituyen ahora por esas largas colas de desempleados o de trabajadores indocumentados clasificados “por sexo, por peso, por porte por salud, por edad, por oficio” (Eltit 2004, 335), perdiéndose en el campo de la vida, encerrados afuera por el poder regulatorio de desemplear.

Silenciosos, pulcros, invisibles, sin muecas ni sudor (Eltit 2004, 261), tratan de pasar desapercibidos y mimetizarse con la fría y abstracta disposición de las cosas, buscando la mejor adaptación o alineación soportable. Pero son los trabajadores afectivos del capitalismo contemporáneo, inmersos en lo corporal, en lo somático (aunque los afectos que producen sean inmateriales). La idea de que el capitalismo transforma al trabajador en máquina y lo aliena en el interior del orden disciplinario de la fábrica no deja ver que en el supermercado de *Mano de obra* el capital no está fijado en las máquinas, sino en el cuerpo de un trabajador que se ha vuelto la caja de herramientas de un trabajo vivo que, en serie con la publicidad y el marketing, produce relaciones sociales y servicios a través de la comunicación de individuo a individuo (Hardt y Negri 1999, 109).

Incluso si es agotadoramente corporal, el trabajo biopolítico produce estados intangibles por medio de la movilización de imágenes y recursos lingüísticos—servicios de atención y asistencia al cliente, intercambios comunicativos, contactos visuales y verbales permanentes, sin tiempo para pensar en otra cosa mientras el empleado trabaja. En este sentido, *Mano de obra* ilumina ese repertorio de competencias, saberes y recursos lingüísticos y afectivos que hacen cuerpo con el trabajador, inseparables de lo que un cuerpo puede. “*Con mi cuerpo pegado a mí mismo (como una segunda piel) me desplazo por el interior del súper. Me interno hacia su profundidad. Camino directo. Ay, sí, vidita. Hasta la médula de los huesos*”—dice el empleado (Eltit 2004, 257). Si la economía clásica separaba del cuerpo del trabajador su fuerza de trabajo, que entregaba por cierto tiempo a cambio de un salario, la “mano de obra” neoliberal es inseparable de la performance del cuerpo del trabajador de servicios, devenido cuerpo-instrumento, sin obra, sin producción de objetos, sin trabajo en el sentido clásico del término—un factor de producción, más que una dimensión a disciplinar y doblegar.

Esto quiere decir, entre otras cosas, que ya no basta con obedecer y cumplir una tarea: tan infraestructural como una fábrica (Massumi; Eltit 2004, 106), el

supermercado como estructura afectiva necesita poner a trabajar una intensidad que circula entre cuerpos y que gracias a la alquimia capitalista se transforma en beneficios para la empresa. “Cambia la cara culiado, cámbiala, ¿me oís? O te vai ahora mismo, salís cagando en este instante”—le exige un supervisor a Enrique, que logrará, para satisfacción de sus superiores, hacer de una oferta de papayas en conserva una causa nacional. El trabajo se vuelve una ejecución virtuosa de empleados radiantes y extrovertidos obligados a crear, a los gritos y con bronca, un clima de negocios entre los clientes interpelados en su fervor patriótico.<sup>7</sup> El entusiasmo, las ganas, la locuacidad, el espíritu de iniciativa y de decisión, la adaptabilidad a la demanda, el saber amoldarse “al circunstancial odio imprevisible que invade en cualquier instante a los clientes” del supermercado (Eltit 2004, 263) son orquestados por la logística afectiva de un poder que, más que moldear los cuerpos e imponerles una forma, modula sus respuestas, afina sus reacciones, induce sus conductas y extrae de ellas un plus afectivo. Con repetir de manera eficiente un movimiento convertido en hábito, como enseñaba la taylorización y el fordismo de principios de siglo, ya no alcanza. Tienen que aprender a tener un cuerpo saludable y atractivo, a controlar sus impulsos, a no engordar, a traficar con intensidades, a desarrollar una relación productiva consigo mismo y con los demás, a decirle a todo que sí, a sonreír automáticamente.

¿Por qué, si no, nadie se fija en esa inocua demostración del funcionamiento de una máquina de pelar papas en la esquina de otro pasillo, a cargo de una promotora “apagada y común” (Eltit 2004, 350) que, ajena al entusiasmo y a las ganas que transmite la exitosa voz de Enrique, no se esfuerza por llamar la atención de los clientes? ¿No es la bella, la luminosa Isabel, hasta no hace mucho tiempo promotora estrella del súper? Isabel irá perdiendo con el tiempo (que es el tiempo de una vida, no el tiempo abstracto de la producción) ese “brillo estelar” que irradiaban sus performances laborales y que “nos había llenado de júbilo ante las expresiones admirativas que despertaba” (Eltit 2004, 350). Su virtuosismo, su presencia de ánimo, su atractivo, la han ido abandonando hasta volverla “apagada y común”, despojada de ese plus afectivo que le fue extirpado junto con “las ganas, el sueño, su sonrisa, su cuerpo” (Eltit 2004, 350). Hasta la sonrisa de promotora se le fue del rostro, débil vestigio del “*keep smiling*” de la prostituta que

---

<sup>7</sup> Acerca del virtuosismo en el trabajo, ver Paolo Virno (2003), *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*.

“sonríe” para captar al cliente como cifra para Benjamin del trabajo asalariado.<sup>8</sup> Y en un mundo que no reconoce diferencia entre trabajar y vivir, la pobre Isabel ya no “calienta” a nadie (Eltit 2004, 332). Ganada por la depresión, el desaliento, la tristeza, la abulia, Isabel transmite con su rostro la “inexistencia radical” (Eltit 2004, 350) de alguien a quien el deseo se le va yendo con el tiempo, y junto con el deseo, el “capital humano” reunido y dilapidado en malas “decisiones” de mercado. Porque en un mundo precarizado por la retirada masiva del Estado de Bienestar, los trabajadores dejaron de ser ciudadanos para reconvertirse, forzosamente, en “empresarios del yo” con la libertad de “invertir” en su salud, su vivienda, su educación, su jubilación, su calidad de vida, su belleza. Es en este sentido que, según la imaginación neoliberal, son poseedores de un “capital humano” que necesitan maximizar, moviéndose en condiciones de incertidumbre como si fueran capitalistas tomando decisiones en el mercado.

La competencia en el mercado se juega en el ámbito de la estética, que es básicamente el campo material del cuerpo y sus afectos transformado ahora en territorio de politización y dominación tanto como de resistencia y revueltas de conducta en el ámbito de lo sensible.<sup>9</sup> El cuerpo agujereado e insomne que absorbe intensidades y pliega contextos en el ambiente regulado del súper, está obligado a modularse a sí mismo, a crearse una caparazón afectiva que lo proteja del deseo propio tanto como ajeno. Si quiere sobrevivir, el empleado debe aprender a gobernar sus debilidades, a dominar la multiplicidad de estímulos, a ser un asceta “sin un ápice de adicción a la mercancía” (Eltit 2004, 259), capaz de controlarse y no dejarse afectar por un régimen de estimulación embrutecedor. Según una ética del auto sacrificio y disciplina en el trabajo, ninguna pasión, ninguna sensación demasiado fuerte debería alterar el semblante laboral con el que a modo de mecanismo de defensa, busca hacerle frente a las demandas exorbitantes de los clientes, sonriendo automáticamente, mordiéndose la lengua, cultivando voluntariamente “una notable impasibilidad para conseguir una presencia solícitamente neutra” (Eltit 2004, 260).

---

<sup>8</sup> “La sonrisa da que pensar”, observa Benjamin (1986, 108) a propósito de la uniformidad que Poe le atribuye a la multitud. Esa sonrisa, continúa Benjamin (1986), “es probablemente la misma que se reclama hoy con el *keep smiling* y que actúa, por así decirlo, como paragolpes mímico” (108).

<sup>9</sup> La política de *Mano de obra* es inseparable de lo que pasa por los cuerpos, dice Nelly Richard, que vio en esos residuos de vida abyecta escapando de su forma corporal un potencial de “revuelta” o “insurrección” fisiológica que viene del mismo margen social donde habitaban los linyeras de *Lumpérica*. Véase Nelly Richard, “Tres recursos” (web: <http://www.letras.mysite.com/eltit091202.htm>).

El sistema sinestésico del trabajador insomne, saturado de estímulos ambientales, queda, como quien dice, desafectado, insensibilizado, disminuido en su capacidad de respuesta. Pasamos entonces de la estética como modo de estar en contacto con el mundo, a lo que Buck-Morss (2005), en su reconstrucción de una teoría marxista de la sensualidad y la fantasía en el capitalismo de fines de siglo XIX, denomina *anestésica*.<sup>10</sup> un paradójico bloqueo de la realidad no por adormecimiento del cuerpo, sino a través de la inundación de los sentidos, que se van apagando uno a uno. El cuerpo se desenfoca, ensordece, pierde el olfato, el tacto, el equilibrio laboral, la libertad de movimientos, hasta “caer anestesiado en la geografía agujereada del súper” (Eltit 2004, 278).

Pero antes de ser empujado afuera de esta historia y desaparecer en las fauces de una jornada interminable, el cuerpo anestesiado del trabajador afectivo brillará por última vez bajo la luz divina del súper. Disfrazado de “santurrón de pacotilla” (Eltit 2004, 288), nuestro empleado se arrodilla a la entrada del súper como parte de un pesebre navideño que, por medio de una miserable puesta en escena, busca contagiar el fervor religioso entre los devotos clientes, mientras expone, en forma descarnada, el uso de los cuerpos como “instrumentos” vivientes que no producen nada que no sea el vivir mismo, separado de toda finalidad productiva.<sup>11</sup> El ardor que lo embriaga viene de un dios “envuelto en una sofisticada y, a la vez, populista nomenclatura sintética” (Eltit 2004, 286): una botella de pisco Capel escondida debajo de la paja del pesebre, en la que se cruzan una economía de bienes de consumo y una economía que envasa afectos y los pone a circular. Gracias a las travesuras teológicas de la biopolítica, el alcohol lo elevará hacia el polo espiritual de una relación que conecta el nivel bajo de lo biológico con un éxtasis cuasi místico destilado a partir de una sustancia estimulante que, mientras duren sus efectos, le devuelve la intensidad agotada por la continua atención al cliente.<sup>12</sup>

---

<sup>10</sup> Ver Susan Buck Morss (2005), *Walter Benjamin, escritor revolucionario*.

<sup>11</sup> Acerca del uso de los cuerpos como un tipo de acción humana sin obra, sin producción ni trabajo, ver Agamben (2017, 25-62), quien encuentra en la esclavitud del mundo antiguo el paradigma del trabajador contemporáneo. Dedicado por entero a la reproducción de la vida propia y ajena, el esclavo del mundo antiguo es el hombre que, usando su cuerpo, es usado por otros, los hombres libres.

<sup>12</sup> Dice Josefina Ludmer (2010, 137) que la dimensión espiritual de la creencia aparece junto con lo biológico, que comparte con lo religioso el hecho de no sufrir mutaciones histórico-culturales. Cuesta, sin embargo, pensar una vida que pueda ser abstraída de la larga serie de dispositivos médicos, filosóficos, teológicos o políticos que a lo largo de la historia de Occidente no han dejado de dividirla y oponerla a sí misma, separando *bíos* y *zòè*, animal y humano, vida políticamente cualificada y vida nuda.

De todos modos, los efectos del pisco son inseparables de la estética adictiva del súper, que a la manera de una droga, recarga de estímulos externos el sistema sensorial de los consumidores.<sup>13</sup> En la caverna del supermercado, todos ven el mismo mundo alterado, todos comparten una misma partición de lo sensible donde ciertos objetos, bajo una misma luz, son presentados como deseables. ¿De dónde puede venir, entonces, el deseo “salvaje, irreprimible” del trabajador precario de ver surgir, sin ninguna contención, la furia extática de la turba, arremetiendo “como un solo cuerpo irrespetuoso” contra el orden sagrado de las mercaderías, volcando los estantes, arrasando con todo, entre carcajadas frenéticas, aullidos, llantos e insultos (Eltit 2004, 284)? Entre la rabia del consumidor hedonista y la presión competitiva del trabajo precarizado, la “fiesta final de la mercadería” (Eltit 2004, 283) es, literalmente, una liquidación impredecible y contingente que corroe y destruye el orden natural de los sentidos, político y estético, hasta que la represión policial, los gases lacrimógenos y el desalojo pongan de manifiesto quién está por detrás de la lógica de mercado, cuando los consensos se disipan y sale a la luz la lógica cruda de la coerción.<sup>14</sup> Qué es, después de todo, saquear un supermercado comparado con fundarlo y llevarse “el botín en las bolsas de dinero” en medio de un “bello operativo bélico” que incluye camiones blindados y guardias fuertemente armados (Eltit 2004, 295).

¿Hay allí, en esas imágenes de un orden reducido a escombros, un potencial de revuelta y de transformación a partir de cierta energía anarquista interior al orden democrático? ¿Cómo ganar, como pedía Benjamin en “El surrealismo”, tomando distancia de la ética del autosacrificio y la disciplina laboral, “las fuerzas de la ebriedad” (Benjamin 1988, 58) para una emancipación de los sentidos que no esté divorciada del placer, entendido en su forma más material y sensual, y evite al mismo tiempo la instrumentalización del afecto? ¿Cómo aprovechar una oportunidad, que expone a plena luz, en lo impredecible y ambivalente de un saqueo, una serie de necesidades mutiladas que, aun siendo falsas, encierran un núcleo de utopía concreta? En tanto constelación de fuerzas petrificadas, las mercaderías, por ejemplo, ponen a disposición

---

<sup>13</sup> En su serie de lecturas de *La obra de los Pasajes* de Benjamin, Susan Buck-Morss (2005) analiza a la luz de las drogas la “tecnostética” que inunda de “fantasmagorías” los pasajes de París y altera la conciencia por medio de la sobreestimulación sensorial. La fantasmagoría “asume la posición de un dato objetivo”, de manera que “todos experimentan el mismo ambiente total” (Buck-Morss 2005, 196-197).

<sup>14</sup> A propósito de *Mano de obra*, Bruno Bosteels ve en la escena del saqueo una mimesis con la lógica del mercado por parte de los consumidores, que toman la ideología del consumo literalmente: “El saqueo de mercancías, más que perseguir la satisfacción de necesidades de consumo en un noble acto de justicia redistributiva, marcaría la realización de la lógica del sistema que coincide con su auto destrucción paroxística” (Bosteels 2012: 291).

de los clientes visiones de abundancia y de un placer palpable que recuerda las violentas “descargas libidinales” que el público femenino experimentaba en las liquidaciones de las grandes tiendas de fines del siglo XIX, donde la relación de compra-venta, altamente codificada, era reemplazada por el “acceso táctil ilimitado a los bienes” (Buck-Morss 2005, 52-53). Atrapados por el consumo, los sueños de felicidad material, pese a no haberse cumplido, encierran un núcleo de esperanza, que está en exceso respecto de la estética del mercado y del eterno retorno del deseo, amenazando con desbordarlos.

No hay, por cierto, despertar de los trabajadores a la conciencia crítica; no hay comprensión del sujetamiento, ni cognición crítica de los mecanismos de manipulación de sus pulsiones, aunque en el deseo de furia destructiva se esté jugando, si bien fantasmáticamente, un rechazo a la explotación e instrumentalización de los afectos. La resistencia de los trabajadores “con conciencia”, melancólicamente evocada por la serie de periódicos socialistas, se transforma ahora en lo que Nelly Richard lee como “revuelta” o “insurrección” fisiológica de órganos fuera de servicio dejando de colaborar—como si la resistencia viniera ahora de la vida de un cuerpo, definida alguna vez por Bichat como “el conjunto de las funciones que resisten a la muerte”.<sup>15</sup> Es la vida en el hombre la que resiste, la vida que se afirma en su vulnerabilidad, en su proximidad inapropiable, vuelta sede y fundamento de la dominación, latiendo, respirando, resistiendo para existir como parte de una historia determinada por antagonismos biopolíticos y resistencias corporales. Así, “aunque el pie, la mano, el oído no responden”, con los riñones destruidos, “yo continúo” (Eltit 2004, 294) en tanto cuerpo inseparable de lo que puede, como vida indivisible de su forma, haciéndose vivir más allá de la distinción entre *bios* y *zoè*. Después de todo, afirman los trabajadores más antiguos del súper que luchan contra los despidos, “éramos los que habíamos resistido”, aferrándose empecinadamente a “nuestros feroces puestos de trabajo” (Eltit 2004, 320; 327).

#### *Después del trabajo*

La primera parte de *Mano de obra* termina entre fuegos artificiales y campanadas que anuncian el año nuevo y, junto con él, el fin de la jornada de emergencia para un trabajador precarizado que parece entender, con el ruido de los órganos retumbando en su cabeza, que, después de veinticuatro horas de atención continua, hay que dar vuelta la página y “poner fin a este capítulo” (Eltit 2004, 295). Lo que viene a continuación corresponde al mundo doméstico de los trabajadores, el mundo del

---

<sup>15</sup> Ver nota 9.

cansancio vulgar y de reproducción de la fuerza de trabajo en el que los hombres, antes de hacer historias, primero deben comer, beber, dormir, vestirse, pagar el alquiler y las cuotas de la tarjeta. Se llama “Puro Chile (Santiago, 1970)”, y explora “el intento desesperado de organización” (Eltit 2004, 322) de un grupo de empleados y empleadas del súper que forman, después del final del trabajo, un tenaz dispositivo de supervivencia que es, antes que nada, un dispositivo de lucha contra la precariedad del trabajo. Se trata de una “banda indigente” en “batalla monetaria” con el mercado de trabajo, sin contrato ni cobertura social, cercados por un ejército de reserva de “pendejos con estudios, desesperados por un trabajo” que hace cola a las puertas del súper “listos para despojarnos” (Eltit 2004, 320; 352; 356).

En su virtualidad agobiante, la inseguridad laboral y el terror diario de entrar en las listas de despidos son una poderosa herramienta de disciplinamiento laboral y modulación afectiva que funcionan a distancia, más allá del umbral del súper y del horario de trabajo. Instituciones del consumo como las tarjetas de crédito, por ejemplo, sustituyen a las técnicas del encierro. En este sentido, el “precariado” de *Mano de obra* no es el producto de las viejas técnicas de individualización de la fábrica. Obligaciones como la que contrajo Enrique, atado por la moral de la deuda al pago de un televisor y un equipo de música, disciplinan, domestican, modelan sujetos y formas de vida sobre un terreno de precariedad común que en la era neoliberal se volverá horizonte compartido.<sup>16</sup>

El imperativo del auto gobierno biopolítico de la propia precariedad los tiene acorralados en un campo atomizado por la competencia, la individualización segmentadora y el debilitamiento de los lazos de solidaridad. Unidos en un principio por el odio a los supervisores y por el miedo a ser despedidos, el grupo tratará de organizar colectivamente sus necesidades y su propia seguridad, dándose a sí mismo un conjunto de reglas de acción común y de mecanismos de regulación que exigen renunciar a cualquier comportamiento que ponga en peligro la frágil estabilidad de un lazo basado sobre todo en los afectos. Cualquiera que se sume al grupo tiene que entender que, como Gloria, “estaba obligada a querernos. Nosotros se lo habíamos exigido. Necesitábamos una cantidad considerable de respeto y de cariño”. De lo contrario, “a esta mierda la echamos a la calle. En pelotas” (Eltit 2004, 319).

---

<sup>16</sup> Acerca de la deuda como relación de poder, ver Maurizio Lazzarato (2006), *La fábrica del hombre endeudado*: “La fabricación de deudas, es decir, la construcción y el desarrollo de la relación de poder entre acreedores y deudores, se ha pensado y programado como el núcleo estratégico de las políticas neoliberales” (30).

Transitorios y adaptables a las circunstancias, los lazos entre-cuerpos sustituyen a los derechos a la hora de convivir y construir un vínculo basado por encima de todo en la confianza y la obligación de quererse, de tratarse con respeto y cariño. La estrategia incluye cooperación, intercambios comunicativos, deliberaciones y alianzas, no menos que sanciones y crueles mecanismos de exclusión (como el que hace de Gloria, que no aporta ningún dinero al grupo, una suerte de sirvienta y esclava sexual integrada a la economía de la casa como desecho). No permitirán cesantes, ni enfermos, ni revoltosos como Alberto, que fue denunciado por sus propios compañeros y expulsado del grupo por querer formar, como en otra época, un sindicato (Eltit 2004, 307).

La constitución como colectivo supone un esfuerzo extremo de imaginación, de negociación en inferioridad de condiciones, de tácticas de supervivencia que incluyen el repliegue subjetivo, la calibración de las reacciones de respuesta, la intensificación de la atención, la construcción de un semblante que sirva de barrera ante el acoso y las agresiones, acompañado de un ajuste permanente de reglas de convivencia y de auto gestión que no excluyen la relaciones de fuerza y de coerción dentro del grupo. Porque en un mundo de inseguridad y de falta de certezas, es tentador territorializarse en torno a un líder que los quiera, los organice, les dé órdenes, les regañe, los contenga, se preocupe por sus movimientos y sus necesidades. Al frente de la casa, gritando “como un capitán del ejército (...) o con la distancia fría del guardián de un campo”, Enrique es designado en la lógica de la psicología de las masas “como representante, como cañiche, como vocero, como verdugo, como encargado, como soplón, como jefe de cuadrillas” (Eltit 2004, 334; 339; 358).

Depositario del carisma del grupo, era el más apto para sobrevivir en el mercado, el más alto y el más blanco del grupo, el más maduro y reflexivo, el más frío para tomar decisiones guiadas por un miedo reactivo propio de la “mentalidad de esclavo” que Nietzsche tanto despreciaba. Pero además de jefe protector, era también “nuestro sirviente, nuestra máquina de guerra” (Eltit 2004, 356), elegido por el grupo para defenderse del acoso y organizar la “resistencia” en condiciones hostiles; con sus exigencias, le da al grupo la ocasión de seguir en sus puestos. Enrique, que entendía de problemas más que los otros, “se había convertido en experto en encontrar soluciones” (Eltit 2004, 340), y en base a cálculos de riesgos y probabilidades, contruidos con los datos e informes que van aportando los distintos miembros del grupo, les va indicando cómo hacer para esquivar a los supervisores y estimar lo que quieren los clientes.

El bloqueo “populista” de la potencia colectiva del grupo durará hasta que Enrique, desbordado en su capacidad de ser afectado por el terror económico que pone

la casa fuera de control, termine traicionando al grupo al ser promovido al puesto de supervisor y borrar, ni bien se le presenta la oportunidad, al grupo entero de las nóminas: ambivalente por definición, el “arma” que habían construido se les vuelve en contra (Eltit 2004, 356).

Pero un líder no es necesariamente una figura elegida para proteger paternalmente al grupo, sujeto de “supuesto saber” que en la lógica de la negatividad le dice a cada uno lo que tiene que hacer para salvarse de las listas. También puede tratarse de alguien que obedeciendo a sus propios deseos, le permita al grupo aclarar su propia situación y comprender lo que quiere y necesita, demostrándole que no son esclavos. Algo de ese liderazgo se insinúa en la intransigencia y arrogancia de Gabriel, el miembro más joven del grupo.

Gabriel era un verdadero artista del mercado, un trabajador virtuoso que a cambio de propinas, ya que no de un salario, envolvía productos con la habilidad de “un artista popular, un tragafuego, un músico, como un malabarista, como un payaso” (Eltit 2004, 330), y hacía del empaquetar un verdadero espectáculo para los clientes. Contaba, en este sentido, con más posibilidades que el resto de sus compañeros, pero su insatisfacción, su integridad, su boca sucia, la energía de insumisión que emanaba de sus gestos, junto con eso que “estaba tan escrito en su mirada frontal, lo que tenía en la punta de la lengua”, lo vuelven amenazante y perturbador (Eltit 2004, 331).

Gabriel ve venir la traición final de Enrique. Cuando a la salida del súper confiesa sin tapujos sus ganas de decir “que se metan la cagada de trabajo por la raja”, sus compañeros se indignan no sólo “porque interiormente sabíamos que tenía razón”, sino porque más allá del esclarecimiento que les brinda la situación, reconocen en el exabrupto “que cada uno de nosotros queríamos expresar lo mismo” (Eltit 2004, 320). Escuchándolo, descubren lo que quieren, lo que siempre quisieron sin saberlo: es necesario un líder que los empuje, que los azuce a abandonar la servidumbre (Zizek 2016, 219). “Que dijera, que dijera lo que las cajeras, los empaquetadores, los carniceros, los cargadores, lo vigilantes, los supervisores y los clientes adivinaban”. Que desobedeciera la orden interna de callarse “y, por fin, abriera su hocico y mirara a cada uno de los supervisores a los ojos para lanzar al aire ese mordisco suyo cruel y destructivo” (Eltit 2004, 331).

Ese devenir hocico de la boca sucia y contaminada de Gabriel, ese desborde animal de una lengua popular que se suelta, incontinente, impropia y agresiva, es el testimonio de una inesperada plenitud, de una potencia inexpressada que le llena el cuerpo de tics motores y vocales, temblores musculares, convulsiones, gestos ilegibles

que surgen de la fricción de cuerpos cargados de energía. Son índices de afectabilidad de un cuerpo con la capacidad de ser afectado por otros, como las imprecaciones que le arranca el dolor lacerante de uno de sus brazos o las palpitaciones del ojo derecho “porque está todavía vivo, respirando”, desafiando el sufrimiento y la extinción con gestos de superabundancia vital en los que la supervivencia se hace protesta y afirmación de lo vivo (Eltit 2004, 337; 352). Sin un autor responsable que lo ejecute, el gesto salta por encima de las repeticiones regularizadas del hábito. El tiempo se detiene, la significación se vuelve incierta, el cuerpo, conmocionado afectivamente, se desengancha del encadenamiento férreo de las acciones soldadas por la rutina, mostrando en los intersticios una chispa de vida no domesticada, inapropiable, no susceptible de uso, que no debería ser reducida a nuda vida.

Poblado de prácticas micropolíticas y tonos afectivos contrastantes, los estallidos gestuales de Gabriel se intensifican a medida que los lazos afectivos y de cooperación—“la débil línea de cariño y del respeto culiado que nos mantenía unidos” (Eltit 2004, 351)—se van desvaneciendo. Los dedos, el lenguaje, el estilo, el decoro verbal, la luz, el gas, el agua, el tiempo uniforme y vacío del mercado: mientras las olas de desempleo y precariedad disuelven las formas laborales, *Mano de obra* multiplica las cesuras y las líneas de corte según una política que constituye lo que Benjamin Noys, a propósito de la metáfora de Benjamin de la revolución como “freno de emergencia” de la historia, describe como “una interrupción organizada de la temporalidad capitalista”.<sup>17</sup> Así, al espacio liso del mercado, allanado por frías y violentas líneas de destrucción que aniquilan la vida; al tiempo vacío y homogéneo del capital, *Mano de obra* interpone un serie de cortes e interrupciones que le ponen fin a este capítulo y permiten, eventualmente, dar vuelta la página.

Pero en esa página está la multitud, afectada y afectable, con sus ambivalencias, su malestar, su intermitencia, unida temporariamente por sus demandas insatisfechas, por la necesidad de protección o para simplemente mostrar, como hacer ver Judith Butler, que son cuerpos que necesitan de la asistencia de otros cuerpos para sobrevivir y “hacer que se sepa políticamente lo que quiere decir persistir en este mundo” (Butler 2014, 65). La consigna de dar vuelta la página con que culminan tanto la primera como la segunda parte de *Mano de obra* coincide con la reunión de una multitud desafiante,

---

<sup>17</sup> Benjamin oponía a la figura de la locomotora que usaba Marx la imagen de la revolución como “el accionar de los frenos de emergencia por parte de la humanidad que viaja en el tren de la historia” Benjamin Noys, “Emergency Brake” (blog: <http://leniency.blogspot.com/2013/03/emergency-brake.html>).

capaz de resistencia, constituyéndose como cuerpo político que exhibe lo que se necesita para trabajar y vivir una vida digna que sea algo más que mero dolor y sufrimiento (Butler 2014, 62). Pero el tenor afectivo es diferente. El miedo al saqueo del súper por parte del pueblo consumidor de la primera parte no es la “inesperada plenitud” (Eltit 2004, 360) que le devuelve al grupo el estallido de ira de Gabriel, arrojado a la calle igual que el resto y erigido como nuevo líder de un espacio que tiene en la expresión de la precariedad—la inscripción del cuerpo en el medio de un campo político—su impulso fundamental. Hay allí, a medida que el grupo avanza por la calle, una movilidad corporal acompañada de una movilización de afectos y sentidos que, en tanto fenómeno de banda “indigente”, no remite a las formas de organización tradicionales del trabajo (sindicato, partido) ni repetiría el gesto de elevar por encima del grupo la figura de un líder. Es cierto que Gabriel se vuelve mágicamente más alto y más blanco, pero también que la orden de quererse (“teníamos que querernos”, dijo parcamente) y de caminar juntos (“[y]a pues huevones, caminen. Caminemos”) puede ser el primer paso de “una nueva organización” de las materias vivas y de las fuerzas de expresión que atraviesan una producción de subjetividad que ya no pasa por el trabajo y el trabajador en su versión fordista o revolucionaria, sino por la existencia del precariado como núcleo constitutivo de un poder que relega a quienes no cuentan como pueblo a los márgenes o al olvido.

En este sentido, los empleados del supermercado no son marginales atípicos: son ahora, como dice Jon Beasley Murray, lo social mismo, “condensan y encarnan el conjunto de la sociedad” (Beasley Murray 2010, 177)—una sociedad devenida población en la que el margen está en todos lados porque la precarización es la norma y los flujos inmateriales del mercado parecen haber triunfado en todas las relaciones humanas. Pero bajo la luz artificial de la novela de Eltit, que envuelve verbalmente el espectáculo del súper, los empleados se constituyen como el pueblo del disenso, saliendo del campo de la inexistencia social para volverse visible y desafiar en los tonos estridentes de la lengua popular “a los maricones que nos miran como si nosotros no fuéramos chilenos. Sí, como si no fuéramos chilenos igual que todos los demás” (Eltit 2004, 360).

¿Se trata del nosotros del pueblo nacional y popular, heterosexual, masculino y xenófobo, que discrimina a los inmigrantes y a los homosexuales y establece jerarquías entre los más y los menos chilenos? En parte sí, si el acento recae sobre ese “nosotros” alrededor del cual se constituyen las totalidades excluyentes de las comunidades nacionales. Pero si además de discursiva, la frontera es corporal, la clave no es tanto el

“nosotros” como los tonos discordantes que introduce la boca descontrolada y los rostros desencajados de los trabajadores precarios en las formas tradicionales de organización y de significación de un universo laboral donde parece no haber lugar para ellos. Con toda su cuota de desencanto y de pesimismo, *Mano de obra* altera la relación entre lo reconocible y lo irreconocible, lo que cuenta y lo que no cuenta en un paisaje económico y político donde las desigualdades y las injusticias económicas son constitutivas. En ese estar ahí reunidos, ocupando la calle para mostrar que son cuerpos y decir, sin palabras o antes de las palabras, que no son desechables ni prescindibles y que todos, eventualmente, somos precarios, los empleados de *Mano de obra* dan vuelta la página para inaugurar un ciclo “asambleario” de reuniones, marchas, piquetes, tomas, ocupación de tierras y protestas contra la racionalidad del mercado basadas en “formas corporeizadas de acción que tienen significado más allá de las palabras” y que tienen en la precariedad de lo vivo, y no en la identidad del “trabajador”, su impulso fundamental.<sup>18</sup> En este sentido, el “[d]emos vuelta la página” del final es también un llamado a poner sobre sus pies y repartir de otra manera la jerarquía que aplasta bajo el peso de la historia del trabajo los cuerpos excedentes del neoliberalismo abandonados a su suerte, junto con el nuevo mapa de sus luchas en nombre (y en contra) de la precariedad de lo viviente.

### Obras citadas

- Agamben, Giorgio. *El uso de los cuerpos: Homo Sacer, IV, 2*. Traducción de Rodrigo Molina-Zavalía. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2017.
- Anderson, Ben. “Modulating the Excess of Affect”. En Melissa Gregg y Gregory Segworth, eds. *The Affect Theory Reader*. Durham, NC: Duke University Press, 2010.
- Beasley Murray, Jon. *Poshegemonía. Teoría política y América Latina*. Traducción de Fermín Rodríguez. Buenos Aires: Paidós, 2010.

---

<sup>18</sup> Acerca de la relación entre formas de performatividad lingüística y formas de performatividad corporal, ver Judith Butler (2017, 16), *Cuerpos aliados y lucha política*. Acerca del territorio como creación político-cultural de los movimientos comunitarios, ver Raúl Zibechi (2008, 31), *Territorios en resistencia*.

- Benjamin, Walter. “El surrealismo: la última instantánea de la inteligencia europea”. En *Imaginación y sociedad, Iluminaciones I*. Traducción de Jesús Aguirre. Buenos Aires: Taurus, 1988.
- \_\_\_\_\_. “Sobre algunos temas en Baudelaire”. En *Sobre el programa de la filosofía futura*. Traducción de Roberto Vernengo. Barcelona: Planeta De Agostini, 1986.
- Bosteels, Bruno. *Marx and Freud in Latin America. Politics, Psychoanalysis, and Religion in Times of Terror*. London/New York: Verso, 2012.
- Buck Morss, Susan. *Walter Benjamin, escritor revolucionario*. Traducción de Mariano López Seoane. Buenos Aires: Interzona, 2005.
- Butler, Judith. *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Traducción de Fermín Rodríguez. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- \_\_\_\_\_. “Nosotros, el pueblo”. En Alan Badiou et. al. *Qué es un pueblo*. Traducción de Cecilia González y Fermín Rodríguez. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2014.
- \_\_\_\_\_. *Cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea*. Traducción de María José Viejo. Barcelona: Paidós, 2017.
- Crary, Jonathan. *24/7. El capitalismo tardío y el fin del sueño*. Traducción de Paola Cortés Rocca. Buenos Aires: Paidós, 2014.
- Eagleton, Terry. *The Ideology of the Aesthetic*. Malden: Blackwell, 1997.
- Eltit, Diamela. *Mano de obra*. En *Tres novelas*. México: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- \_\_\_\_\_. *Lumpérica*. Santiago de Chile: Seix Barral, 2008.
- Franco, Jean. “Malas palabras. Sobre *Mano de obra* de Diamela Eltit”. En Antonio Gómez comp. *Provisoria-mente: textos para Diamela Eltit*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2007.
- Hardt, Michel y Antonio Negri. *Multitude War and Democracy in the Age of Empire*. New York: Penguin, 1999.
- Hoyos, Héctor. *Beyond Bolaño. The Global Latin American Novel*. New York: Columbia University Press, 2015.
- Lazzara, Michael. “Estrategias de dominación y resistencia corporales: las biopolíticas del mercado en *Mano de obra*, de Diamela Eltit”. En Rubí Carreño Bolívar, ed. *Diamela Eltit. Redes locales, redes globales*. Madrid: Iberoamericana, 2009.
- Lazzaratto, Mauricio. *Política del acontecimiento*. Traducción de Pablo Esteban Rodríguez. Buenos Aires: Tinta Limón, 2006.
- \_\_\_\_\_. *La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal*. Traducción de

- Horacio Pons. Buenos Aires: Amorrortu, 2013.
- Lorey, Isabell. *State of Insecurity. Government of the Precarious*. Traducción de Aileen Derieg. London, New York: Verso, 2015.
- Ludmer, Josefina. *Aquí América latina: una especulación*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2010.
- Marx, Karl. *El Capital. Crítica de la economía política I*. Traducción de Wenceslao Roces. México: Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Masiello, Francine. “El trabajo de la novela”. *Revista de la Casa de las Américas* 230 (2003): 136-140.
- Massumi, Brian. “The Autonomy of Affect”. *Cultural Critique* 31. *The Politics of Systems and Environments*, Part II. (Autumn, 1995): 83-109.
- Moulián, Tomás. *El consume me consume*. Santiago de Chile: Libros del Ciudadano, 1998.
- Noys, Benjamin. “Emergency Brake”. *No Useless Leniency*. 3 de marzo de 2013. Blog: <http://leniency.blogspot.com/2013/03/emergency-brake.html>
- Richard, Nelly. “Tres recursos de emergencia: las rebeldías populares, el desorden somático y la palabra extrema”. *Proyecto patrimonio*. Web: <http://www.letras.mysite.com/eltit091202.htm>. (Consultado el 11 de abril de 2017).
- Virno, Paolo. *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*. Traducción de Adriana Gómez, Juan Domingo Estop y Miguel Santucho. Madrid: Traficantes de sueños, 2003.
- Zibechi, Raúl. *Territorios en resistencia: cartografía política de las periferias urbanas latinoamericanas*. Buenos Aires: Lavaca, 2008.
- Zizek, Slavoj. *Problemas en el paraíso. Del fin de la historia al fin del capitalismo*. Traducción de Damià Alou. Barcelona: Anagrama, 2016.